
Una masacre en El Salvador

François Houtart, profesor de la Universidad de Lovaina y de la UCA en Managua, director del Centro Tricontinental, Louvain-la-Neuve, Belgique.

“He aquí a los que tememos más que a todos los demás... los socialistas creyentes son mucho más peligrosos que los socialistas ateos”

(F.Dostoiewsky, Los Hermanos Karamazov).

Esta frase, escrita hace más de un siglo, pareciera haber sido pronunciada por la derecha salvadoreña que ha asesinado a seis jesuitas en la Universidad Centroamericana de El Salvador. No se trata, sin duda, de tomarla al pie de la letra, como si quisiéramos recuperar para el campo religioso las luchas de emancipación popular. Lo que nosotros percibimos en América Central es que la fractura entre creyentes y no creyentes no tiene sentido en las luchas sociales contra la injusticia, que la religión no es necesariamente opio del pueblo y que un cristianismo identificado con la defensa del orden no es más que una ideología.

Como Monseñor Romero, el obispo de San Salvador asesinado hace nueve años, ahora estos religiosos pagan con su vida su contribución intelectual y espiritual a una exigencia de cambio social. Pero, con ellos, han caído millares de muertos “anónimos,” por voluntad de aquellos que desean conservar sus privilegios y su poder hegemónico, reproducir una sociedad dualista y mantener un orden económico al servicio de sus intereses y de los intereses estadounidenses.

Porque ésta es precisamente la pregunta que debe acudirnos al espíritu. ¿Quiénes son los verdaderos responsables de esta masacre y de tantas otras en El Salvador?. No son, por supuesto, los verdugos de los “escuadrones de la muerte”. No es sólo la obra de un mayor D’Abuisson o de algún otro personaje siniestro. Es todo un sistema lo que está en juego, sean quienes sean los actores que lo sustentan.

En El Salvador, como en casi todos los países del

Tercer Mundo, la lógica de la economía de mercado no tiene el remedio de los límites institucionales o sociales. Se impone la ley del beneficio, y unos pocos centros de poder se reparten el gobierno de una economía casi totalmente agroexportadora. En tanto que tales centros subsistan, todo ensayo de una vía intermedia estará siempre en jaque. Y esta es precisamente la contradicción fundamental de la política de la Democracia Cristiana que, en América Latina, siempre ha caído, de hecho, en alianzas con las fuerzas de la derecha, es decir, de la opresión.

Pero en El Salvador la lógica del capitalismo tiene perfiles propios. Los Estados Unidos han financiado, con más de tres mil millones de dólares, una guerra de carácter social: provisión de armas, asesores militares y políticos, nada se ha descuidado para evitar que el país oscile hacia otro sistema económico y político.

A corto plazo esta posibilidad no sería tan costosa para ellos. ¿Qué representan, en efecto, El Salvador, Nicaragua, Guatemala, para la economía norteamericana?. Pero, a largo plazo, significaría el cuestionamiento, a escala del Tercer Mundo, de un modelo de acumulación indispensable para la reproducción del sistema capitalista. Hay que añadir, además, las consideraciones geopolíticas, que hacen de esta región un espacio estratégico para los Estados Unidos. Por tales consideraciones, justamente, los Estados Unidos no se pusieron a esperar la revolución de octubre, ni la revolución cubana, ni la “amenazante” revolución nicaragüense, para hacer desembarcar sus marines o para

imponer regímenes dictatoriales en la región. Por tanto, el aumento de la ayuda militar, en momentos en que el régimen salvadoreño no duda en bombardear los barrios populares de sus propias ciudades y asesina a los profetas, revela una gran coherencia.

Aquellos que acaban de ser torturados y asesinados eran para mí amigos muy cercanos que siempre intentaron conservar un espíritu claro, crítico muchas veces de ciertas posiciones o prácticas de los movimientos revolucionarios. Pero siempre se manifestaron profundamente solidarios con ellos, desde esa solidaridad basada en el Evangelio que significa la opción por los pobres.

El estado de guerra no justifica en ningún caso tales masacres, sea de sindicalistas, de intelectuales, de responsables de comunidades eclesiales de base o de religiosas y religiosos. Bueno es que recordemos la posición de Monseñor Romero que, aunque

durante mucho tiempo condenó la violencia “venganza de donde vengan”, hizo diferencia entre la violencia de los pobres que luchan por sobrevivir y la de los ricos que defienden sus haberes, poco antes de convertirse él mismo en víctima de ésta última violencia.

El mesianismo de la economía de mercado, que anima hoy día tanto a las sociedades occidentales como a los países del Este, olvida (si es que alguna vez las reconoció) las víctimas de su propia lógica que, desde Brasil a Filipinas, del Zaire a la India, se cuentan por decenas o centenas de millones de seres humanos. La historia contemporánea nos enseña que es de todo punto más fácil hacer cambiar los regímenes socialistas, aun los burocratizados, que desplazar la lógica capitalista. Por tanto, en oposición a cierta corriente de la doctrina social cristiana, lo justo es condenar la lógica esencial del capitalismo y los abusos del socialismo. No lo contrario.